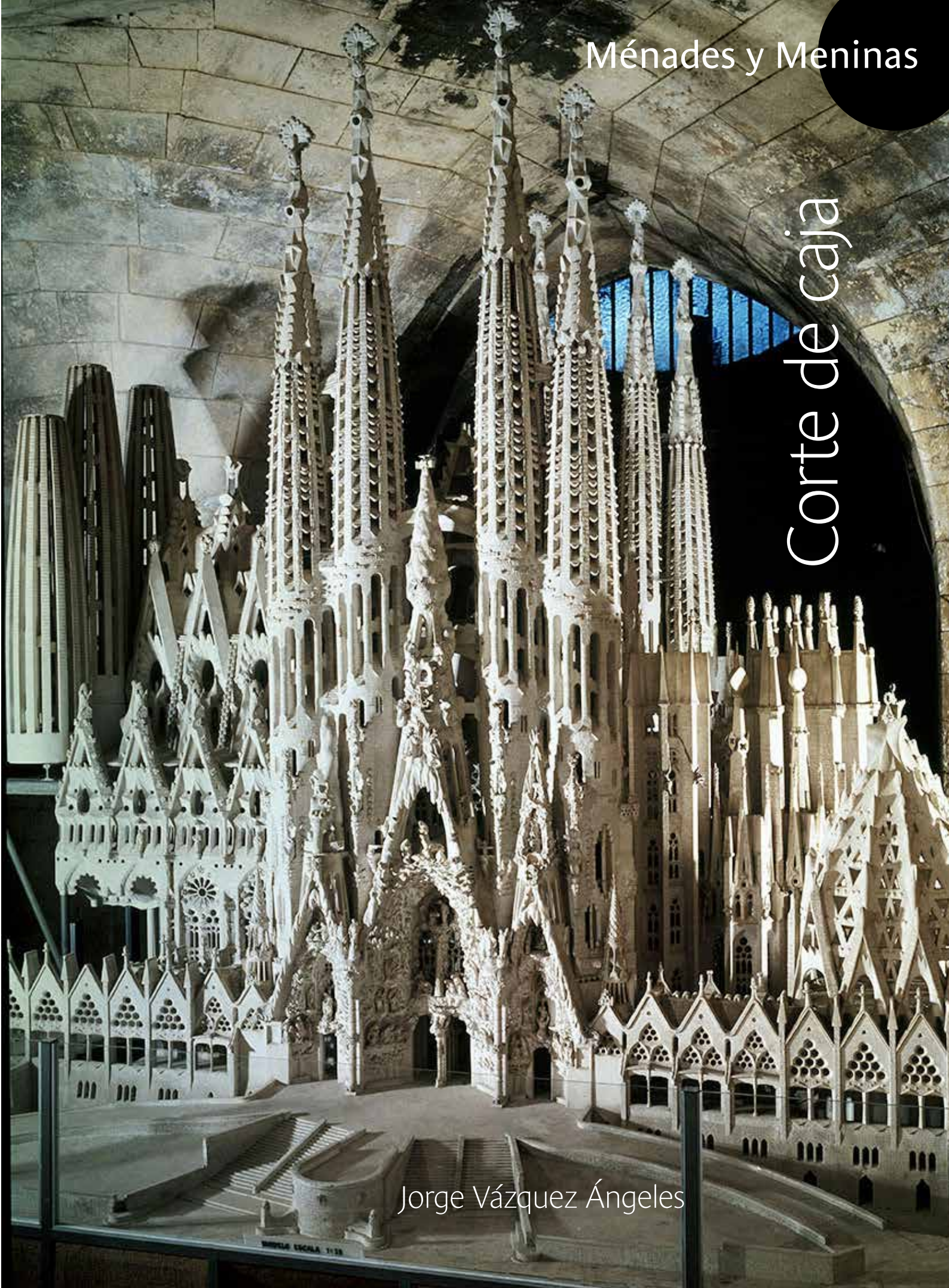


Ménades y Meninas

Corte de caja



Jorge Vázquez Ángeles

MODELO ESCALA 1:38



Fotografías: Alejandro Juárez, Getty Images y Jorge Vázquez Ángeles

CUATRO AÑOS Y ALGUNOS MESES es el tiempo máximo que he durado en un trabajo. Aunque gracias a mi empleo actual estoy por romper esa marca, llevo más tiempo publicando artículos sobre arquitectura en *Casa del tiempo* que dedicado a cualquier otra actividad remunerada, lo que quiere decir que mientras los editores de la revista no decidan prescindir de mis servicios, el récord se irá ampliando hasta, quizá, hacerse irrompible, como una versión de Marita Koch y los 400 metros planos.¹

Aún conservo el correo que le envié a Bernardo Ruiz, un 17 de mayo de 2010. En breves líneas le cuento que me habían invitado a un congreso de escritores jóvenes —actividad que exterminó para siempre mis deseos por asistir a semejantes espectáculos—, y que si le hace falta un elemento no dude en llamarme porque “las cosas por acá están complicándose mucho”, en franca alusión a las desesperadas situaciones que viví durante mi incursión en el gobierno federal, sector cultura, que me curtieron para las malas épocas, los malos jefes y las malas mujeres.

Tres días después, Bernardo me propuso escribir artículos y reseñas de arquitectura, algo que nunca había hecho, para *Casa del tiempo*, revista universitaria de los *uameros* a la que él había llegado recientemente. Además del dinero, publicar mensualmente me permitiría arrebatarme unas horas a la tediosa calma burocrática, dedicando las horas muertas a la búsqueda de un tema y a la reflexión, recuperando, de paso, la disciplina de la escritura.

Era una oportunidad única para meterme en cintura.

Al ser un tráfuga de una carrera que terminé en siete años (podría pensarse equivocadamente que aproveché el tiempo haciendo una maestría, y que este es otro récord digno de romperse, pero me tiene sin cuidado), era la primera

¹ Marita Koch corrió los 400 metros planos en 47,60 segundos, en el Mundial de Atletismo celebrado en Canberra, el 6 de octubre de 1985. Se sospecha que debido al uso de sustancias prohibidas, Marita estableció este récord inalcanzable.



vez en muchos años que me acercaba de nuevo a ese territorio en el que nunca estuve a gusto y del que, apenas pude, huí para siempre, dejando en el camino no sólo libros y materiales que poco a poco he tirado o regalado, sino amigos y relaciones de toda índole. Además del dinero, podría escribir sobre las obras que realmente me importaban, empleando el conocimiento que para bien o para mal adquirí durante mi larga estancia en la Universidad Iberoamericana y, también, criticaría abiertamente los edificios de las vacas sagradas de la arquitectura mexicana, sin correr el riesgo de topármelos en un coctel de la Sociedad de Arquitectos y que me negaran el saludo. Sería como ver los toros desde la barrera luego de una larga estancia en las tierras de esos ruedos, tras haber sufrido cornadas, banderillazos y uno que otro puyazo cuya cicatriz, cuando hace frío, aún palpita de dolor.



Sin embargo, no comencé de inmediato a proponer patadas y zancadillas. Una de las intenciones de esos artículos era hablar sobre edificios que por el paso del tiempo, por desconocimiento o indiferencia, habían devenido parte del decorado de la ciudad, como actores de reparto que no tienen nada que decir ni nada que hacer. El primer artículo tuvo buena estrella: fue publicado en la edición número 35, septiembre de 2010, y trató sobre el Edificio Ermita, ícono de Tacubaya. Una de las fotografías que Alejandro Juárez tomó del edificio se usó para la portada. No me podía quejar. Me trataron como rey.

Para el siguiente número, a petición de Bernardo Ruiz, escribí sobre un juego de moda en esos años que funcionaba mediante Facebook: *Mafia Wars* —es el único artículo que no trata sobre arquitectura—. En el tercero hablé bien del nuevo edificio del Senado de la República, que también apareció en la portada, y cuyas virtudes urbanas se eclipsaron cuando, una vez ocupado, las lluvias pusieron al descubierto cientos de desperfectos, una que otra puerta de cristal se desprendió de sus bisagras y, por si fuera poco, los senadores

descubrieron que sus flamantes camionetas no entraban en un estacionamiento diseñado para Mini Coopers. Este edificio y su crítica me animaron a ser más observador. Enrique Nortén fue mi primera víctima: critiqué su intervención en el Museo del Chopo, que si bien creó una interesante galería continua, destruyó para siempre el eje de la nave de este templo del siglo XIX hecho para adorar a las máquinas. Teodoro González de León y el MUAC fueron los siguientes en pasar al paredón y después, para regocijo de muchas personas, escribí sobre el Museo Soumaya de Fernando Romero. Por fortuna no me cortaron el teléfono ni aparecieron cobros indebidos en el recibo mensual. El ejercicio de la crítica deja un incomparable sabor a miel, pero me di cuenta que a los edificios nuevos hay que darles un tiempo para que se asienten, para que el sucio aire de la ciudad les quite resplandor. Comer cuando la comida aún está caliente no es una buena idea, y pasa lo mismo con la arquitectura. Hay que darle espacio para comprenderla mejor.

Gracias a *Casa del tiempo* descubrí el enigma de las coladeras de Diego Rivera, y me metí hasta la azotea



del Condominio Insurgentes, una aventura sin igual. Las historias de la construcción de Ciudad Universitaria significaron una veta inagotable de anécdotas, intrigas y planes maléficos para quedarse con la autoría del proyecto, controversia que persiste al día de hoy. Figuras como Mario Pani, Carlos Obregón Santacilia, Enrique del Moral, Félix Candela, Juan O’Gorman o Carlos Lazo han aparecido en estos artículos que, por otra parte, me permitieron hacer mis primeras investigaciones en la hemeroteca de la Biblioteca Lerdo de Tejada y en el Archivo General de la Nación, a la búsqueda de pistas, detalles, datos reveladores, guiños de la historia, como cuando escribí sobre el cementerio inglés que estuvo en la esquina de San Cosme y la lateral del Circuito Interior, que en ese tramo se llama Melchor Ocampo. Como no soy historiador, así, sin más elementos que la libre asociación de ideas y una dosis cínica de deducción, concluí que la calle lleva ese nombre porque Ocampo estuvo enterrado ahí.

Si las cuentas no me fallan, desde septiembre de 2010, *Casa del tiempo* ha publicado 46 artículos de mi autoría. Me he perdido algunas ediciones por no haber encontrado un tema, por haber olvidado la fecha de cierre o por falta de tiempo. En todos los casos, el trato ha sido ejemplar: desde los responsables de armar cada número, todos los meses, corrigiendo anacolutos y limpiando todo lo que haya que limpiar, hasta la persona que llega a casa y deja un sobre blanco con tres ejemplares dentro, uno de los cuales es propiedad de mi madre, quien no sólo lee mis historias, sino todo el contenido.

Quiero pensar que estos textos no los escribe un arquitecto que sabe redactar, sino un escritor a quien le tocó la suerte de usar regla T, lápices y estilógrafos para dibujar planos y soñar con construir casas y edificios. Son textos que no dan lecciones de arquitectura; por el contrario, aspiran a mostrar las reflexiones de alguien a quien le importan más los porqué que los cómo, los sentimientos por encima de la técnica.

Cuando *Casa del tiempo* cumplió 30 años se publicó “Edificio Ermita”. Ahora que celebra 35 me vuelvo a colar a la celebración. **▲▲**

